

parece gritar sus segundos.

"Desnudaron a los pachucos y los patearon en el suelo".

Pancho acercó los labios a la oreja de Nancy y en esos momentos un golpe como de cuchillo cortó por el pecho la imagen del héroe en la pantalla. El teatro quedó a oscuras unos instantes. Se oyó el tropel de patas que venía de la calle, gritos, puertazos, carcajadas. Una botella se estrelló contra el mosaico del foyer y el whisky buscó los rincones avergonzados de verse expuesto en el suelo bajo tantas luces. Pancho y Nancy se miraron con incredulidad. Era como ver morir a un transeunte de un ataque al corazón. ¿Pero es que estas máquinas de cine también pueden pararse? ¿Es que se puede ver uno de estos cines a plena luz? ¿Después de tantos años de funcionar día y noche? Había algo de monstruoso en la interrupción. Sorprendidos miraron las paredes, el yeso dorado retorciéndose en mil filigranas para imitar una catedral o un catre de bronce o un ídolo azteca. Las lámparas enormes, rosadas y pálidas al mismo tiempo, repugnantes como pústulas; las cortinas en que el fieltro tiene algo de ratón o de araña. Bajo la luz rojiza la muchedumbre se revolvió incómoda. Bajaban la vista, se escarbaban los pantalones y las faldas avergonzados, como si les hubieran cogido *in fraganti* en una aberración.

Pancho se miró en los ojos de Nancy y decidió que nada había cambiado en el mundo. En la platea se oían gritos, blasfemias y risas sofocadas. El tropel parecía correr ahora por los pasillos. De súbito la escalera del balcón se llenó de gente y unos marineros saltaron por encima de los asientos vacíos en dirección a Pancho. Veinte, treinta, cincuenta individuos, con el pelo engrifado, sucios de tierra y sangre, se le abalanzaron. Pancho vió una fiente moreteada con el cabello rojizo pegado de sudor y luego sintió un golpe terrible en las narices. Saltó la sangre manchando la chaqueta crema. "Hijo de..." Un segundo golpe le derribó al suelo, alguien le cogió de una pierna y le arrasó hasta el pasillo. —Con permiso, hijo de... —un marinero le puso de pie y empezó a arreglarle la corbata y a limpiarle las manchas de sangre. Por detrás sintió una patada que le hizo rodar por la escalera. Desde el suelo, con los ojos espantados, mudo en la inconsciencia, Pancho miró hacia Nancy y comenzó a llorar. La sacaron a empujones hasta el foyer, de ahí, entre filas de gentes enfurecidas que trataban de golpearle, le llevaron hasta la calle. Todo había sucedido en pocos segundos. Afuera el ambiente era de día de fiesta. Pancho veía ahora caras burlonas y trataba de limpiarse la sangre que sentía pesar sobre los ojos. Había espectadores sobre el techo de los automóviles, sobre los tranvías. Como exhalaciones de júbilo salían de en medio de la multitud los relámpagos de los fotógrafos. El mismo pelirrojo que le golpeara la nariz le cogió ahora por detrás y, viéndole inmobilizado, los demás comenzaron a desnudarle. Dos manos fuertísimas le rasgaron la chaqueta como si hubiera sido de seda. La muchedumbre dió un aullido de satisfacción. Las viejas se codeaban ahora con los marineros y trataban de ganar la primera fila cuando las prendas íntimas empezaron a caer destrozadas. Pancho creyó oír la voz de Nancy entre el clamor de los marineros y viéndose desnudo quiso correr, pero los brazos le sujetaban firmes, trató de patear al más cercano y un golpe de manopla le sacudió la cabeza. Babeando sangre se dobló. Una patada le echó de bruces. Los

de la primera fila saltaron para no ser salpicados con la sangre.

—O. K., O. K. break it up...

La policía avanzó resueltamente. Llevaban bombas lacrimógenas en las manos, máscaras contra gases, laques y rifles ametralladoras. Avanzaron sin romper la formación. El capitán dirigía la maniobra con un altoparlante desde la capota de un automóvil colorado. Tres "cameramen" le tomaban película y había en su mandíbula inferior la solidez del deber cumplido. La policía dominó el área de peligro en pocos instantes. Con gesto rápido y seguro, sonriente, uno de los policías recogió a Pancho del suelo y lo depositó en el interior de un camión. Hubo aplausos entre la concurrencia.

—¿Qué tal, Bill? —alguien reconoció al policía y le saludaba frente a todos orgullosamente.

El capitán dió la voz de mando y, con el prisionero bien seguro, se replegaron las

fuerzas balanceando elegantemente los laques ante la mirada satisfecha de la muchedumbre. El camión soltó un alarido y se lanzó a toda velocidad por entre los tranvías, taxis y miriones.

En el interior del teatro se apagaron las luces. La banda de marineros y soldados se echó a correr nuevamente olfateando las barricadas mexicanas de Belvedere, Boyle Heights, El Monte y Montebello. El mismo ataque al corazón sufrieron otros cines y de la misma manera, suave y silenciosa, volvió a correr la sangre por los proyectores y Gary Cooper pudo, al fin, besar legalmente a Ginger Rogers. Y como el beso es la procreación de otra película, al beso siguió nueva joya de arte: una fábula de Walt Disney. El marinero pelirrojo, aprovechando la entrada gratis, se instaló en el balcón, mientras tanto, para dar descanso al sistema nervioso.

Y los asientos de Pancho y Nancy continuaron tomados del brazo.

De la supervivencia

(En el Rep. Amer.)

Releyendo a Max Scheler uno se acuerda de la manera fría de discurrir acerca de la vida y de la muerte, de los filósofos alemanes.

Por ejemplo: Scheler no afirma ni niega; pero cree. Mas, así como un apasionado latino gastaría tiempo en razones sobre lo difícil razonable, él aporta pocos ejemplos sacados hasta de la mecánica biológica para dejar sentado que la supervivencia no se puede comprobar; que es cosa del creer. Y su breve exposición es abstracta, fría y, por consiguiente, difícil de seguir. Recurre, a veces, a Platón; pero éste, aristócrata heleno, usó otros argumentos al perorar en favor de la persistencia después del cese del actuar biológico.

Reconoce el alemán que debido a que el hombre actual se afana sólo por la técnica productora de medios de bien vivir, no piensa en la muerte y no le importa, pues, lo de más allá de ella. Para él, no hay más allá. Sería, pues, una élite espiritualista la que, sin despreciar lo de acá pensaría en lo de después de la meta, sin poder —hay que reconocerlo— agarrar hechos concretos que hagan comprender lo que creemos.

Y hay, en los alemanes, una valentía alentadora. No comprenden un persistir sin cuerpo, por lo que, acercándose más al dogma de la resurrección de la carne del catolicismo que a las teorías escuetamente espirituales, aceptan, para el fallecido "un cuerpo" que le haga manifestarse en el medio en que "viva".

La dificultad en la comprensión de ciertas cuestiones relacionadas con este asunto está, como hemos dicho varias veces, en este satorbo que llamamos tiempo, sobre todo para los que no discriminan entre el tiempo objetivo, materializado, medible, en fin, ponderable, y el subjetivo, que nada tiene que ver con el otro. En un minuto, a veces soñamos lo que en el tiempo objetivo necesitaría horas. Los fenómenos premonitorios, registrados por milares, se realizan en el segundo tiempo, no en el primero.

Entre los mismos aceptantes de la supervivencia, hay diferentes opiniones. Kant supone que lo que hace perdurar es la vivencia de un deber —recuérdese su imperativo categórico— que es imposible llevar a cabo en los límites de nuestra vida terrena. La supervivencia

tiene, pues, para él, un origen moral.

En cambio, para Goethe, lleno de vitalismo hasta el fin, lo que produce la vivencia más allá de la muerte, es el poder y la fuerza espiritual que no caben en el cuerpo, y que necesitan salir de él para manifestarse plenamente. En *Las Conversaciones con Goethe*, de Eckermann, se leen cosas como éstas: "Aquellos que no esperan en otra vida, están, también, muertos para ésta". "Quien cree en una perduración, sea feliz en secreto, pero no tiene motivo de envanecerse por ello". "Este pensamiento de la muerte me deja absolutamente tranquilo, porque tengo la persuasión firme de que nuestro espíritu es una esencia absolutamente indestructible; es algo que continúa actuando por una eternidad de eternidades".

Scheler se acerca más a Espinoza en aquello de ser, para ambos, la vida de lo eterno, intemporal. Claro que si allá continuara siendo el concepto del tiempo actual, lo eterno no sería posible.

De todos los alemanes, Goethe es el más apasionado, sin dejar padecer de lo superfluo en la exposición.

La política mundial es atrapada por la necesidad económica, y enfocada desde puntos que pueden dar lugar a resultados no deseados, muchas veces —casi siempre— produciendo un sentido materialista de la vida, tanto de parte de los necesitados como de los adinerados.

Ni el estado socialista, ni el nacionalista extremado, y nunca el comunista —utopía impracticable— conseguirán los milagros del cooperativista, basado en aspiraciones cristianas.

Ya no es la filosofía espiritualista un cúmulo de disquisiciones placenteras para determinado núcleo humano; es una aspiración global de felicidad con base en un trabajo nacido de la vocación y la aptitud, productor de los medios necesarios para vivir como persona con derechos y deberes y en cooperación con otros, libre, fuera de la codicia de explotadores y de un estado excesivamente burocrático, estrangulador de la iniciativa y la responsabilidad.

Lorenzo VIVES.

Hacienda Monticel.
Cervantes. Cartago.
Noviembre de 1948.